

### **“Nuestra casa común”**

#### **Algunas reflexiones sobre la Encíclica Laudato Si y las relaciones entre la sociedad y la naturaleza.**

Adrián Zarrilli  
UNQ-CONICET

La publicación “Laudato Si”, la Encíclica ecológica, del Papa Francisco parece haber sorprendido a muchos por la temática que despliega y las críticas que sostiene, ha sido un acontecimiento de alcance planetario, desde diversos puntos de vista: desde ya religioso, pero también ético, económico, social y político. Teniendo en cuenta la aun formidable influencia internacional de la Iglesia Católica, esta Encíclica es una contribución decisiva al desarrollo de una consciencia ecológica crítica del actual modelo de relación entre las economías centrales y el medio ambiente.

Su impacto aún está siendo digerido por los diversos actores políticos. Por un lado fue recibida con satisfacción por los sectores defensores del medio-ambiente que en general ven con alegría un reforzamiento de algunas de sus históricas críticas al modelo de crecimiento económico que ha puesto en crisis al planeta. Pero por otro lado, generó críticas (algunas solapadas), molestia y hasta rechazo en parte de sectores religiosos conservadores, representantes del capital, e ideólogos de la “ecología de mercado” más ortodoxa (Michel Loewy, <https://leonardoboff.wordpress.com/2015/08/22/laudato-si-una-enciclica-anti-sistematica-opinion-de-un-marxista>).

Es en verdad un documento que excede los márgenes de la propia Iglesia Católica. Se trata de un documento de enorme riqueza y complejidad, que si bien se inserta en la interpretación de la tradición judeo-cristiana en relación a la relación del hombre con la naturaleza, presenta una ruptura con el sueño moderno de dominio sobre el mundo y una mirada bastante radicalizada sobre las causas de la crisis ecológica. Algunos aspectos, como por ejemplo en la inseparable alianza de los conceptos del “clamor de la tierra” y del “clamor de los pobres”, se descubre la

influencia nítida de la Teología de la liberación y de la obra de uno de sus principales teóricos y sostenedores, la del eco-teólogo Leonardo Boff.

La Encíclica toma su nombre de la invocación de San Francisco de Asís, “Laudato si, mi Signore”, que en el Cántico de las criaturas, recuerda que la tierra, nuestra casa común, «es también como una hermana con la que compartimos la existencia, y como una madre bella que nos acoge entre sus brazos ». Nosotros mismos «somos tierra (cfr Gn 2,7). Nuestro propio cuerpo está formado por elementos del planeta, su aire nos da el aliento y su agua nos vivifica y restaura»

### Antecedentes

Para la Iglesia Católica y su teología, la reflexión sobre las relaciones entre los hombres y la naturaleza no es una novedad, si bien no ocupa un lugar central de su interés histórico, esta cuestión no fue ajena a sus consideraciones.

La reflexión teológica sobre la ecología se planteó históricamente en el marco de una ecología profunda, y su fin ha sido impulsar la conversión ecológica, es decir, una adecuada relación hombre-naturaleza según el ideal del proyecto original de Dios manifestado en la Revelación.

Las fuentes más cercanas sobre esta cuestión la encontramos en La Doctrina social de la Iglesia, que avanzó en una línea que podría definirse como conservacionista. Fue Juan XXIII el primero en expresar las preocupaciones ambientales ante el desarrollo incontrolado de los `60. En Mater et Magistra de 1961, se ocupaba del tema del desarrollo y al referirse al segundo precepto de Dios en el Génesis, escribió: “El segundo de estos preceptos no se dio para destruir los bienes naturales, sino para satisfacer con ellos las necesidades de la vida humana”. Aparecía así una primera manifestación de interés por el medio ambiente, idea que se repetirá en sucesivos documentos, y en particular en el Concilio Vaticano II, cuna de la Teología de la Liberación Latinoamericana. En dicho Concilio no se habla de manera contundente de una “moral ecológica” pero sí determina bases para ese enfoque. Aunque la tierra está sometida al hombre, lo está para conseguir nuestro propio bien y honrar a Dios. Dios hizo su creación y la dotó de leyes y valores propios, que el hombre debe respetar. Al ser sus bienes instrumentales, las puede

someter a través del trabajo, la técnica y la ciencia. Pero, esta transformación no se debe considerar sino como signo de la grandeza de Dios y perfección del hombre.

Durante el pontificado de Pablo VI, el problema ecológico se convirtió en una novedad que se sumó a la doctrina católica. El tema se instaló en el discurso papal. En la encíclica *Populorum Progressio* de 1967, buscó aportar soluciones a la distribución desproporcionada de la riqueza, mediante un llamamiento a la solidaridad y extendió el concepto a las generaciones futuras.

Pero sin dudas, es en la época de Juan Pablo II cuando más se avanza en el rumbo de una moral ecológica cristiana. En su primera Encíclica, *Redemptor Hominis*, refiere al miedo que el hombre experimenta ante sus propias obras, ya que los productos salidos de sus manos se rebelan contra él. A su vez en la Encíclica *Solicitudo Rei Socialis*, articula un largo discurso sobre el auténtico desarrollo humano, sus posibilidades y sus riesgos. En ella, el desarrollo incluye el respeto de la naturaleza y se sostiene en dos grandes principios: la vocación trascendente del hombre y su integración en la naturaleza.

Por otro lado el documento recoge también, aunque sea parcialmente, algunas de las perspectivas ecológicas de la Teología de la Liberación en América Latina. Para esta corriente de pensamiento católico-crítico, la tierra amenazada se convierte, como el pobre explotado, en el centro de su reflexión y el punto del que parte la reflexión del creyente, porque hay interrelación explícita entre la explotación del pobre y de la tierra. La pobreza y el problema ecológico tienen en esta reflexión causas similares. La cuestión ideológica debe buscarse según esta perspectiva en la modernidad, que aisló al hombre de todas las relaciones vitales con sí mismo, con los animales y con la tierra, hasta convertirlo en el dominador común de esta última.

En línea con esta perspectiva, las causas éticas deben buscarse en la avaricia humana y en el deseo de poder. La solución a ambos problemas podría encontrarse sólo cuando el hombre logre la voluntad y la decisión de volver a su lugar originario, el que le corresponde en la comunidad planetaria, que es un macroorganismo viviente e interrelacionado de manera compleja, capaz de generar la vida, en vinculación con la Madre Tierra. Al asumir ese lugar, que le corresponde, por su origen, el ser humano podrá tomar conciencia que está unido de forma

indisoluble al destino de la tierra, de la que forma parte junto con los demás seres vivos, para los que tiene una co-responsabilidad ética. Es en este punto donde convergen las ideas antes mencionadas y su cruce con “Laudato Si” en la que se llama a una “conversión ecológica”.

#### “La tierra nos precede”

La Encíclica se desenvuelve en torno a un concepto, el de “ecología integral”, como un paradigma capaz de articular las relaciones fundamentales de la persona: con Dios, consigo misma, con los demás seres humanos y con la creación: “dejarnos interpelar en profundidad y dar una base concreta al itinerario ético y espiritual que sigue”, la ciencia es el instrumento privilegiado a través del que podemos escuchar el grito de la tierra (<https://edipa.wordpress.com/2015/07/25/laudato-si-palabras-clave-e-ideas-fuerza/>, junio 2015)

Como se señala en la introducción, el documento retoma la riqueza de la tradición judeo-cristiana, sobre todo los textos bíblicos y la elaboración teológica basada en ellos. El análisis se dirige luego (cap. III) “a las raíces de la situación actual, para entender no sólo los síntomas, sino también las causas más profundas” (p.18). El objetivo que plantea es elaborar las bases de una ecología integral (cap. IV) que, en sus distintas dimensiones, abarque “el lugar específico que el ser humano ocupa en este mundo y su relaciones con la realidad que lo rodea”. Sobre esta plataforma, el Papa Francisco propone (cap. V) una serie de líneas de renovación de la política internacional, nacional y local, de los procesos de decisión en el ámbito público y de iniciativa privada, de la relación entre política y economía y entre religiones y ciencias.

En ese contexto para el Papa Francisco, los desastres ecológicos, el cambio climático y sus consecuencias, no resultan solo de proceder individuales, sino del modelo económico vigente de producción y de excesivo consumismo. Para Bergoglio, los importantes problemas ambientales de nuestra época son resultado de “los engranajes de la actual economía globalizada” – engranajes que constituyen un sistema global, un “un sistema de relaciones comerciales y de propiedad estructuralmente perverso” (52). ¿Cuáles son, para el Papa, esas tipologías

perversas?. En principio un sistema en el cual predominan “los intereses limitados de las empresas” y “una cuestionable racionalidad económica” (p.40), una racionalidad instrumental que tiene por único objetivo de maximizar la ganancia (Michael Löwy, op cit). Así “el principio de maximización de la ganancia, que tiende a aislarse de toda otra consideración, es una distorsión conceptual de la economía: si aumenta la producción, interesa poco que se produzca a costa de los recursos futuros o de la salud del ambiente” (195). Esta alteración, ética y social, no es propia de ningún país en especial, sino de un “sistema mundial, donde priman una especulación y una búsqueda de la renta financiera que tienden a ignorar todo contexto y los efectos sobre la dignidad humana y el medio ambiente. Así se manifiesta que la degradación ambiental y la degradación humana y ética están íntimamente unidas”. (56)

La obsesión del crecimiento ilimitado, el consumismo, la tecnocracia, el dominio absoluto de la finanza y la entronización del mercado son otras características negativas del sistema. En su lógica, este sistema reduce el todo al mercado y al “cálculo financiero de costos y beneficios (p.59). Pero sabemos que “el ambiente es uno de esos bienes que los mecanismos del mercado no son capaces de defender o de promover adecuadamente”. El mercado es incapaz de llevar en cuenta valores cualitativos, éticos, sociales, humanos o naturales, es decir “valores que exceden todo cálculo” (36)

Esta dinámica compleja y muchas veces negativa del sistema global que “sigue rigiendo el mundo” es la razón que ha llevado en el fracaso de las Cumbres mundiales sobre el medio ambiente. “Hay demasiados intereses particulares y muy fácilmente el interés económico llega a prevalecer sobre el bien común y a manipular la información para no ver afectados sus proyectos”. Mientras estos intereses predominen, “sólo podrían esperarse algunas declamaciones superficiales, acciones filantrópicas aisladas, y aun esfuerzos por mostrar sensibilidad hacia el medio ambiente, cuando en la realidad cualquier intento de las organizaciones sociales por modificar las cosas será visto como una molestia provocada por ilusos románticos o como un obstáculo a sortear” (54).

A partir de estos ejes la Encíclica propone una crítica sustancial a la irresponsabilidad de los “responsables”, es decir, a las elites dominantes interesadas en la conservación del sistema, en relación a la crisis ecológica (Michel Loewy, op. Cit). Muchos de aquellos que tienen más recursos y poder económico o político parecen concentrarse sobre todo en encubrir los problemas o en ocultar los síntomas, tratando sólo de reducir algunos impactos negativos del cambio climático. Pero muchos síntomas indican que esos efectos podrán ser cada vez peores si esta estructura económica continua con los actuales modelos de producción y de consumo

En esa línea, asociando la cuestión ambiental con la cuestión social, Francisco sostiene la necesidad de medidas drásticas, es decir, de cambios profundos, para enfrentar este doble desafío. El obstáculo central para esto es la naturaleza “perversa” del sistema: “La misma lógica que dificulta tomar decisiones drásticas para invertir la tendencia al calentamiento global es la que no permite cumplir con el objetivo de erradicar la pobreza. Necesitamos una reacción global más responsable, que implica encarar al mismo tiempo la reducción de la contaminación y el desarrollo de los países y regiones pobres” (175).

El análisis de Laudato Si sobre la crisis ecológica es muy claro y coherente. En cuanto a las acciones propuestas son un tanto más limitadas. Ciertamente, muchas de sus sugerencias son útiles y necesarias, por ejemplo, “facilitar formas de cooperación o de organización comunitaria que defiendan los intereses de los pequeños productores y preserven los ecosistemas locales de la depredación”. Es también muy significativo que la Encíclica examine la necesidad, para las sociedades más desarrolladas, de “detener un poco la marcha, e poner algunos límites racionales e incluso en volver atrás antes que sea tarde” ; en otras palabras, “ha llegado la hora de aceptar cierto decrecimiento en algunas partes del mundo aportando recursos para que se pueda crecer sanamente en otras partes”.

La propuesta del Papa es articular como método para enfrentar y solucionar los problemas ambientales, una práctica dentro del texto mismo de la Encíclica, que retoma las aportaciones de filósofos y teólogos no sólo católicos.

En el eje central de la Laudato Si, se encuentra la siguiente cuestión: “¿Qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan, a los niños que están creciendo?” (160). Francisco continúa: “Esta pregunta no afecta sólo al ambiente de manera aislada, porque no se puede plantear la cuestión de modo fragmentario”, sino que nos lleva a interrogarnos sobre el sentido de la existencia y los valores que fundamentan la vida social: “¿Para qué pasamos por este mundo? ¿para qué vinimos a esta vida? ¿para qué trabajamos y luchamos? ¿para qué nos necesita esta tierra? Si no nos planteamos estas preguntas de fondo – señala– no creo que nuestras preocupaciones ecológicas obtengan efectos importantes” (160).

La transcendencia del document, su apelación a la conciencia social y personal, generará una nueva dimensión, que deberá incluir una nueva instancia que considere no sólo cómo se ha vivido la comunión con Dios, con los otros y con uno mismo, sino también con todas las criaturas y la naturaleza.

### La raíz humana de la crisis ecológica

Un núcleo central del documento es el capítulo III, donde se presenta un análisis de la situación actual “de manera que no miremos sólo los síntomas sino también las causas más profundas” (15), en diálogo con la filosofía y las ciencias humanas.

En primer lugar la tecnología, mostrada como creatividad y poder: es justo apreciar y reconocer los beneficios del progreso tecnológico por su contribución a un desarrollo sostenible. Pero la tecnología da “a quienes tienen el conocimiento, y 6 sobre todo el poder económico para utilizarlo, un dominio impresionante sobre el conjunto de la humanidad y del mundo entero” (104). La humanidad necesita “una ética sólida, una cultura y una espiritualidad” (105).

En segundo lugar la globalización del paradigma tecnológico: esa perspectiva tecnológica dominante concibe toda la realidad como un objeto ilimitadamente manipulable. Se plantea como un reduccionismo que aqueja a todas las dimensiones de la vida. La tecnología no es neutral. Adopta “ciertas elecciones acerca de la vida social que se quiere desarrollar” (107). El paradigma tecnocrático somete asimismo a la economía y a la política; en particular “La economía asume

todo desarrollo tecnológico en función del rédito. [...] Pero el mercado por sí mismo no garantiza el desarrollo humano integral y la inclusión social” (109). Confiar sólo en la técnica para resolver todos los problemas supone “esconder los verdaderos y más profundos problemas del sistema mundial” (111), visto que “el avance de la ciencia y de la técnica no equivale al avance de la humanidad y de la historia” (113). Es indispensable una “valiente revolución cultural” (114) para recobrar los valores.

En tercer lugar, la crisis y secuelas del antropocentrismo moderno: al colocar la razón técnica por sobre la realidad, el antropocentrismo moderno no reconoce la naturaleza como medida y como abrigo; pierde así la posibilidad de comprender cuál es el lugar del ser humano en el mundo y su relación con la naturaleza, cuando “la forma correcta de interpretar el concepto del ser humano como señor del universo consiste en entenderlo como administrador responsable” (116).

El núcleo de la proposición de la Encíclica es una ecología integral como nuevo paradigma de justicia, una ecología que “incorpore el lugar peculiar del ser humano en este mundo y sus relaciones con la realidad que lo rodea” (15). Porque no podemos “entender la naturaleza como algo separado de nosotros o como un mero marco de nuestra vida” (139). Hay un vínculo evidente entre cuestiones ambientales y asuntos sociales y humanos que no pueden soslayarse. “Hoy el análisis de los problemas ambientales es inseparable del análisis de los contextos humanos, familiares, laborales, urbanos, y de la relación de cada persona consigo misma” (141); por lo tanto es “fundamental buscar soluciones integrales que consideren las interacciones de los sistemas naturales entre sí y con los sistemas sociales. No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental” (139)

A su vez, el principio del bien común se posiciona como clave: la ecología integral “es inseparable de la noción de bien común” (158); en el mundo contemporáneo, en el que “donde hay tantas inequidades y cada vez son más las personas descartables, privadas de derechos humanos básicos”, esforzarse por el bien común significa tomar decisiones solidarias basadas en “una opción preferencial por los más pobres” (158)



Por otro lado, la justicia entre las generaciones: el bien común atañe también a las generaciones futuras: “no se puede hablar de desarrollo sostenible sin una solidaridad entre las generaciones” (159), pero sin olvidar a los pobres de hoy, a los que queda poco tiempo en esta tierra y que no pueden seguir esperando

Si bien la Encíclica hay pocas referencias a los movimientos sociales, que son precisamente los principales actores del combate en contra del cambio climático y tiene propuestas instrumentales un poco generales, no es tarea de la Iglesia Católica ni del Papa sustituir a los partidos políticos, ni a los movimientos sociales, proponiendo un programa de transformación. El Papa habla de la necesidad de “grandes estrategias que detengan eficazmente la degradación ambiental y alienten una cultura del cuidado que impregne toda la sociedad”.

Por su análisis contrario al sistema causante de la crisis, asociando de forma inseparable la cuestión social y la protección del medio ambiente, “el clamor de los pobres” y el “clamor de la tierra” la Encíclica, *Laudato Si*, es un magnífico e inapreciable aporte a la reflexión y a la acción para salvar la naturaleza y la humanidad del posible desastre.